

LA ILUSIÓN COMO MÉTODO DE CONOCIMIENTO DE LA PERSONA

‘Ilusión’ as a method of knowledge of human person

Gómez-Álvarez, María Nieves*

Universidad Internacional de La Rioja (UNIR). España

nieves.gomez@unir.net

Resumen

La presente comunicación expresa la enorme innovación antropológica que ha supuesto la variación positiva del término “ilusión” en español, acontecida en la época del Romanticismo, y que ha llevado al filósofo español Julián Marías a definirla como “realización proyectiva del deseo con argumento”. Esta variación tiene profundas consecuencias en el conocimiento de la persona y también en la vivencia de la felicidad propiamente personal, porque resulta ser un auténtico método, como expresa en varias obras suyas, como *Breve tratado de la ilusión, Persona*, o varias conferencias dedicadas a esa cuestión.

Palabras clave: ilusión, antropología, método de conocimiento personal, felicidad.

Abstract

The present paper describes the enormous anthropological innovation represented by the positive variation in the Spanish word ‘ilusión’, which occurred during the Romantic era and prompted Spanish Philosopher Julián Marías to define it as the “projective actualization of desire with a plot”. This variation has profound consequences regarding knowledge of the person as well as the experience of personal happiness in the proper sense, because it turns out to be a true method, as Marías expresses in several of his works such as *Breve tratado de la ilusión, Persona*, and in lectures on the topic.

Keywords: ‘ilusión’, anthropology, method of personal knowledge, happiness.

*Doctora en Filosofía (Universidad Complutense de Madrid). Profesora de Grado y Máster en la Universidad Internacional de La Rioja (UNIR), España. Investiga la obra del filósofo español Julián Marías. Secretaria de la Asociación Española e Iberoamericana de Personalismo. Ha publicado artículos sobre el español como lengua filosófica, antropología filosófica y el tema de la mujer.

Recibido: 03 de Julio 2015 / **Aceptado:** 29 de Agosto 2015

Introducción

La realidad de la persona ha sido una de las más elusivas y difíciles de captar, causado en parte por la falta de términos adecuados para referirse a su forma particular de estar en el mundo, que no se caracteriza por la mera estaticidad y por el carácter de dato, propio de las cosas, sino por su enorme dinamicidad y su proyección futuriza.

Han sido numerosos los filósofos del siglo XX que han hecho notar las limitaciones de la metafísica clásica para referirse a dimensiones de la persona que no pueden ser correctamente comprendidas desde las categorías de sustancia y accidentes, materia y forma, etc. Y varios de ellos, los que han hecho el intento de indagar en el lenguaje, sobre todo, en las lenguas modernas, para encontrar nuevos términos que sí expresen la sorprendente realidad humana, que en cierto modo está dada, pero no lo está del todo; que depende del pasado, pero se proyecta hacia el futuro; la cual es ciertamente inteligente, pero no podríamos decir que su vida es propiamente humana sin su dimensión corporal y sin la amorosa, por lo que se hace problemático intentar definirla como “animal racional”.

En su larga y fecunda vida de pensamiento y producción filosófica, que ha ocupado la mayor parte del siglo XX y los primeros años del XXI, Julián Mariás ha ofrecido una interesante aportación en esta indagación personal.

En este sentido dirá que para comprender esta forma de existencia, se ha de tener en cuenta que la persona tiene tanto de realidad como de *irrealidad* (de proyección hacia el futuro que todavía no existe), y esto la convierte en un ser dramático, que no se da de una vez por todas, sino que acontece y se va desarrollando progresivamente en múltiples trayectorias. Esto supone que *se está literalmente haciendo a sí misma y no está acabada*.

Esta realidad dinámica, a su vez, es difícilmente comprensible con el verbo *ser*, y mucho más sugerente y adecuado resulta el uso del verbo español *estar* para expresar la relación de la persona consigo misma y con el mundo.

Por ello, frente al *ser* griego, Mariás ofrece otra alternativa metafísica, que precisamente brota del *estar*: son los conceptos complementarios de instalación y vector. Y normalmente los utiliza en otra expresión conjunta: instalación vectorial o proyectiva (Mariás, 1970).

Esto quiere decir que la vida humana se hace desde diferentes tipos de “estar”, que se lanzan hacia la circunstancia, e interactúan con ella, de manera que así se puede dar cuenta a la vez de la realidad dada de la persona y de la que aún se está haciendo.

Mariás explica en su *Antropología metafísica* que estas instalaciones proyectivas son varias: la instalación en el mundo, en el cuerpo, en la historia, en la condición sexuada, en las edades sucesivas, en la raza. Todas ellas son realidades “dadas”, pero a la vez ofrecen sólo un escenario para que la propia persona desarrolle una vida argumental y proyectiva.

Aún más llamativo resulta este punto de partida para comprender la realidad de la persona, porque con las instalaciones proyectivas se destaca la radical insuficiencia humana, frente a la seguridad y autarquía del hombre asumida por la concepción clásica. Esta menesterosidad implica que la persona es un ser necesitante, y abierto a los otros, y que su vida está sujeta a la autenticidad o a la falsificación.

Ahora bien, todo este “mapa personal”, tan distinto a la idea griega del hombre, ofrece asimismo un método por el cual es posible no sólo acceder a la persona, sino además intensificar su realidad: la ilusión.

El presente artículo tiene como propósito analizar la enorme innovación antropológica que ha supuesto la variación positiva del término “ilusión” en español, acontecida en la época del Romanticismo, y que ha llevado al filósofo español Julián Marías a definirla como “realización proyectiva del deseo con argumento” (Marías, 2001, pp. 60- 68).

La ilusión: un secreto del español

Durante 20 años, el filósofo Julián Marías confiesa que tuvo un claro título en la cabeza, que le llamaba vivamente para que escribiese un libro sobre ello. El libro, por fin, vio la luz en 1984, tras profundas reflexiones y experiencias vitales en relación con su tema central; aunque a decir verdad, habría que hablar más bien de “librito”, por sus dimensiones, que ya se suponían en ese título persistente: *Breve tratado de la ilusión*.

En esta obra, el filósofo expresa su asombro por este descubrimiento y llega a decir que es “un secreto de la lengua española” (Marías, 2001, p. 11). Porque manejando e investigando en muchos diccionarios bilingües, se dio cuenta de que la equivalencia de este término en otras lenguas eran realidades humanas muy distintas. Sin ir más lejos, en inglés, se suele traducir “ilusión” por *enthusiasm*, lo cual es una realidad muy distinta.

¿Por qué el asombro de Marías ante este término? En esos 20 años de reflexión filosófica y de “haber experimentado intensas ilusiones” (Marías, 2001, p. 7), se había dado cuenta de que sólo en español, y sólo a partir del Romanticismo, se había producido una variación semántica de las más profundas consecuencias antropológicas: el viejo término latino ‘*ilusio*’, de la misma raíz que ‘*ludo*’, -el término que ha dado origen al actual adjetivo ‘*lúdico*’-, que significaba tanto como juego, engaño o burla, incluso alucinación, empezó a adquirir, gracias a determinados textos literarios, un matiz positivo, que quería expresar una visión

esperanzada hacia el futuro, una visión que además, movilizaba el presente y lo llenaba de una cierta felicidad.

Es decir, de tener sólo significado en expresiones como “vivir de ilusiones”, “ser un iluso” o “crearse falsas ilusiones”, empezó a darse un nuevo uso, como “el despertar de las ilusiones”, las “mágicas ilusiones”, “las primeras ilusiones”, en las obras *El estudiante de Salamanca* (1837) o *El diablo mundo* (1841), de Espronceda -y también en otras de José Zorrilla (Cit. en Marías, 2001, p. 23).- En esa última, hay por ejemplo, unos versos que dicen:

Dicha es soñar cuando despierto sueña
el corazón del hombre su esperanza,
su mente halaga la ilusión risueña,
y el bien presente al verdadero alcanza

Hablar de “ilusión risueña”, asociándola con el sueño y la esperanza, es evidentemente, una novedad respecto al uso hasta entonces cotidiano. También se convierte en el tema principal de otro de los autores españoles fundamentales del siglo XIX, que han sabido comprender esa realidad, incluso sin nombrarla en su sentido positivo: Juan Valera: Marías llegó a decir que *Pepita Jiménez* se hubiera podido titular con toda verdad “Historia de una ilusión”, pues ese es su principal argumento, aun cuando no se utiliza el término ninguna vez en la obra. Es la historia de una ilusión porque en ella el lector asiste a la que va brotando en D. Luis de Vargas por la joven viuda que da nombre al libro; ilusión que consiste en el progresivo descubrimiento de ese alguien corporal concreto, de una persona femenina con un nombre y, en ningún caso, de una hembra indeterminada. Se puede escuchar, en este sentido, la conferencia “El amor como ilusión: Valera”, del curso “La novela como interpretación y expresión del amor”, pronunciado por el filósofo en el Instituto de España, en Madrid, el año 1992.

A partir de entonces, serán varios los escritores en los que aparece esta innovación: Hartzenbusch, Alberto Lista, Ventura de la

Vega, Tamayo y Baus, Gertrudis Gómez de Avellaneda y Antonio Ferrer del Río.

Y este hecho se muestra como un gran secreto de la lengua española porque en los demás idiomas modernos no ha acontecido esta variación, y a esto se añade la constatación de que no se sabe demasiado sobre ella -el primer libro filosófico sobre el tema es efectivamente el *Breve tratado de la ilusión*-. Las demás lenguas modernas siguen manteniendo, hoy día, sólo y exclusivamente el sentido latino del término. También señala el filósofo que se ha utilizado el término “ilusaō” en portugués en el sentido positivo, cuando se han traducido algunas de sus obras en Brasil, lo cual podría abrir un camino para una posterior modificación también en el uso cotidiano.

Sin embargo, la fascinación que sintieron algunos escritores románticos de otros países europeos por España en el mismo siglo XIX, como por ejemplo, Stendhal, Richard Ford, los hermanos Schlegel o Edmundo de Amicis, sería explicable en último término, porque frente a la vida burguesa, calculadora y acomodada de sus respectivos países, veían en España un temple distinto, quizá sujeto a la inseguridad, pero también, sobre todo, lejano a los meros intereses económicos y mucho más cercano a la pasión: un temple ilusionado, una intensa vocación de felicidad: “Ninguno lo dice, ni en rigor lo piensa; pero nosotros podríamos formular su actitud diciendo que se encuentran con un pueblo ilusionado, y que algo así rastrean en la historia pretérita o en la literatura: Cervantes, Lope, Calderón; o en ciertas formas de arte, sobre todo en la arquitectura, especialmente en su realización global y viva en ciudades” (Marías, 2001, p. 38).

Por supuesto que este cambio ha sido también progresivo en el propio español, y su uso en el diccionario ha sido muy posterior a su uso en el lenguaje cotidiano: la primera vez que se registra este uso positivo es en 1875, pero de modo plenamente satisfactorio

y sin vaguedad, en el *Diccionario de uso del español*, de María Moliner (1967), bien entrado el siglo XX, cuando la autora dice de ella: “Alegría o felicidad que se experimenta con la posesión, contemplación o esperanza de algo”. Y da como ejemplos de ello casos personales: la que se siente ante una hija, la de los nietos hacia los abuelos o la que no se siente hacia un novio (y se supone debería existir, en una relación lograda).

Y aún añade Marías un detalle más, del mayor interés: es una palabra más usada en el español de España que en el de América, quizá porque su uso positivo incipiente en la Península coincidió con la serie de independencias americanas y un periodo de despego o incluso de abierta hostilidad en los nuevos países hacia España y lo que entonces se fraguaba culturalmente en ella, comenzando a la vez una época de atención mucho más viva hacia Francia y su cultura.

El tiempo dirá si hoy día, en que las nuevas telecomunicaciones han abierto la posibilidad de unir a todos los hispanohablantes de una forma más estrecha que en 1984, está comenzando una época en la que se den las posibilidades para que este término y la experiencia radical que conlleva se convierta en un patrimonio vital compartido.

Podríamos decir que este descubrimiento, primero literario, ha abierto un nuevo camino de exploración de la persona. Y esto es lo más interesante, en relación con la ilusión: *methodós* (μέθοδος) es precisamente ‘camino’, ‘vía’. El *Diccionario Griego-Español* de José María Pabón refiere a μέθοδος οὐ ἤ, los significados de “camino, procedimiento, método”.

La ilusión como un método.... ¿para qué?

En otra de sus conferencias en relación con el tema de la ilusión, titulada “Ilusión y felicidad” -es la última conferencia del ciclo “La felicidad humana”, que Marías impartió también en el Instituto de España entre 1986

y 1987-, el filósofo español reconoció que se podría hacer una lista de las cosas que el hombre no se atreve a imaginar o desear, y resultaría una enumeración alarmante, pues se trataría de asuntos vitales, y además, se vería que no existen razones de peso para no desearlas. Es decir, que la vida de muchas personas está por debajo de sus posibilidades.

Marías ve desde luego en la ilusión un fecundo método no sólo para acceder a la interioridad de la persona, sino también para intensificar su realidad personal. Porque en la ilusión positiva no se trata solamente de un sentimiento pasajero, o de una esperanza sin fundamento, sino justamente lo que Marías ha llamado una instalación proyectiva, un estar radicalmente futurizo.

Al analizar la ilusión como fenómeno humano, resulta que tiene unos caracteres de gran interés filosófico y que ello, además, abre una puerta para crear las condiciones antropológicas de la felicidad. Con lo cual, esta instalación proyectiva resulta ser un método en dos sentidos complementarios.

La ilusión como un método personal

La ilusión nos permite saber cómo es la persona, en qué consiste su realidad de quién, de “alguien corporal”, a diferencia de las cosas. Una realidad que consiste en “poder ser más” (Marías, 1994, p. 204). En otra obra titulada *Persona*, Marías dedicó un sugerente capítulo a la cuestión “La ilusión como método” -este nuevo método le conduce a una interesante e inexplorada definición de la persona: “Persona es aquella extraña realidad que puede tener una vida ilusionada” (Marías, 1996, p. 114). En otro pasaje de esta obra, la utiliza como una medida, pues afirma que se es persona en la medida en que se es capaz de ilusión y muestra el grado de autenticidad e intensidad de la persona-, en la que afirma: “Hay momentos en que nos sentimos plenamente *alguien*, en que vivimos a otra persona como radical e inconfundiblemente tal, única, irreductible,

no solo a las cosas, sino a otra persona. Y no se trata del sueño, imagen de la muerte, sino de la plena *vigilia*, del gozoso despertar a alguien que suscita *ilusión* [...]. Este es el sentido que me parece precioso, y nunca ensayado, para comprender qué es persona” (Marías, 1996, pp. 110- 111).

En la misma obra sostiene que es el caso diametralmente opuesto al concepto de ‘sustancia’, un concepto que por sus connotaciones fijistas ha ocultado lo que es verdaderamente la persona: un ser proyectivo, irreal y futurizo.

Se puede decir por ello que la ilusión muestra unos caracteres que coinciden con los que son constitutivos de la persona y que lo separan en todo caso de un ser fijo:

- Es sobre todo *anticipación*, recreación. Consiste, como la vida humana, en tender hacia el futuro.

- Requiere de la *imaginación* y está ligada a los proyectos, consiste en anticiparlos.

- Sin embargo, es mucho más que una mera pasión o un fenómeno psíquico, porque no finaliza cuando se ha conseguido lo que nos ilusionaba: cuando se llega a esa meta, ésta continúa ilusionándonos. El viaje que preparamos quizá durante meses, lo vivimos ilusionadamente mientras transcurre y también lo recordaremos con ilusión cuando haya terminado. Y nuestra vida está hecha de pequeñas ilusiones que se repiten: las personas con las que me encuentro, el artículo diario o semanal del escritor que me interesa, la película que se estrena, etc. Lo que hace es introducir un argumento en el deseo. Por lo que también es, en gran medida, *continuidad y reiteración*.

- No se refiere a cosas, sino más bien a personas, a lo que tiene carácter personal y a lo que se puede incorporar al proyecto personal. Muchos descubrimientos científicos y geográficos serían quizá sólo explicables desde este prisma: el despliegue

de medios materiales y de tiempo pudiera parecer exagerado, pero se trataba de una labor ilusionante. En el mismo sentido, el amor a la patria es en principio abstracto, pero tiene un factor de ilusión hacia lo que es propio, colectivamente hablando. En cambio, también señala el pensador perspicazmente (Marías, 2001) que cuando al patriotismo se le despoja de este elemento de ilusión, se debilita o se convierte en nacionalismo agresivo. Mientras que la ilusión por el propio país parte de un estar encantado con la propia condición y por eso comprende la ajena, el nacionalismo muestra en el fondo un íntimo descontento, que se traduce en beligerancia o en abierta enemistad, con lo cual no tiene la comprensión que sí existe en la ilusión.

•Está integrada en el horizonte de la mortalidad humana. No nos puede ilusionar lo que está absolutamente fuera de nuestro alcance; es decir, la ilusión es, como la vida, realista. Incluso ha llegado a decir el pensador que toda actitud auténticamente religiosa tiene un componente de ilusión por Dios, comprendido como misterio.

Se trata, en definitiva, de una instalación proyectiva, que permite un estar dinámico, porque no se relaciona tanto con la voluntad como con el deseo y por ello es capaz de movilizar el fondo de la persona, el ámbito de su autenticidad. Marías ha llegado a decir que es el lado positivo de la menesterosidad humana y por ello, ha podido definirla filosóficamente como “realización proyectiva del deseo con argumento” (Marías, 2001, pp. 60 y ss.).

Esto significa que contar con el concepto de ilusión no sólo revela esa realidad *fontanal* de la persona -el hecho de que no está dada de una vez, sino que “acontece”, que brota y se desarrolla-. También posibilita esa forma de instalación ilusionada en la vida y nos permite descubrir cuál es el núcleo de la persona. Una vez más, su condición de Académico de la Lengua le ha ayudado a encontrar el verbo que expresa esta instalación en la ilusión:

se puede decir “estar ilusionado” o “vivir ilusionado”, pero la que usa el español es otro secreto de esta lengua: “desvivirse”, dejarse ilusionar o absorber tanto por alguien o algo que nos hace vivir fuera de nosotros. Como el término ilusión, es enormemente difícil de traducir, por su carácter de paradoja; otro secreto de la lengua española.

El filósofo habla incluso de un “mapa de las ilusiones”: “Nada hace entender mejor lo que en cada momento es un hombre o una mujer que el mapa de sus ilusiones, con su verdadero relieve, con su intensidad, su carácter epidérmico o visceral, con la acumulación sobre cada una de ellas de más o menos dimensiones de esa biografía” (Marías, 2001, p. 78).

Un mapa que es móvil, que puede ir variando dependiendo de las numerosas trayectorias de cada vida, pero que es revelador, porque muestra cuál es la clave para comprender una vida. También la propia.

Es por ello un ejercicio de sinceridad preguntarse honestamente cuáles son las propias ilusiones. Son muchos los factores que pueden introducir la inautenticidad en la vida humana, pero revisar cuáles son nuestras ilusiones y mantenerse en ellas es una manera infalible de vivir en la autenticidad. Por esta razón también es un secreto de la lengua española: al tener una palabra para preguntarnos por lo que es más propiamente humano, tenemos más probabilidades de conseguirlo.

Aún más, cuando existe otro aspecto de la ilusión: cabe plenamente la posibilidad de sentir ilusión por una misma o por uno mismo, lejos de todo egocentrismo y egoísmo; el mapa personal que se ha trazado supone que la persona no está terminada, sino que se está haciendo a sí misma, porque es una realidad fluyente. Y que también la propia persona tiene un factor importante de descubrimiento.

En este caso, sí cabe instalarse en la ilusión por esa realidad que se está desarrollando ante la propia mirada, en relación con la propia circunstancia y en la constante elección de determinadas trayectorias. En este sentido, Marías recuerda que uno de los mandamientos es precisamente amar al prójimo *como* a uno mismo lo cual supone que hay una instalación en el amor y un amor correcto a sí mismo, porque si no, éste no se podría proyectar hacia el *próximo* (el que se encuentra en la circunstancia). Aún se podría señalar un aspecto más, de por qué la ilusión es un método de conocimiento de la persona, y es su relación con la felicidad.

La ilusión como un medio de cultivo del nivel posible de felicidad

En la conferencia arriba citada, “Ilusión y felicidad”, de 1987, el filósofo comienza diciendo lo que parece un juego de palabras, pero no lo es en absoluto: en las otras lenguas se diría, hablando de una posible relación entre estas palabras, que “la felicidad es una ilusión”, pero evidentemente, en el sentido negativo: la felicidad es una ilusión engañosa y es inalcanzable.

En español, sin embargo, se puede decir: “sin ilusión, no es posible la felicidad”, e incluso, dándole la vuelta al argumento, “la felicidad *consiste* en ilusión”. Como decíamos, no es sólo una emoción de un momento, sino que al tener a la vez los componentes de anticipación, reiteración y continuidad, se puede convertir en una instalación proyectiva plena, en una forma de estar en relación con la circunstancia que se caracterice por la proyectividad ilusionada.

La ilusión se muestra, por tanto, como lo más propio de la vida humana. Y esto, además, coincide con los caracteres de la felicidad, otro de los temas filosóficos por excelencia que, desde esta luz, hace ver que mucho de lo que se había escrito estaba en parte desenfocado y no la iluminaba en el fondo.

Al poder definir el término de ilusión como la “realización proyectiva del deseo con argumento”, resulta que, además, se aclara en qué consiste ser feliz y gracias a eso, la vivencia de la felicidad y la instalación en ella se hace más accesible. Si queremos decirlo con otras palabras: resulta que los que hablamos español tenemos más posibilidades de ser felices que los que están instalados y viven desde otras lenguas. Porque ser feliz consiste precisamente en vivir ilusionado, en llenar proyectivamente los deseos de argumento.

Del mismo modo que Petrarca mostró cómo era el amor cortés y, con ello, lo hizo posible en Europa durante 200 años, si se tiene claro en qué consiste la felicidad y ser feliz, se podrá hacer más probable el nivel de felicidad y su calidad. A modo de ver de Marías, al poner de manifiesto qué es la ilusión, *se pueden crear las condiciones antropológicas de la felicidad*, es decir, que habría un método para fomentarla. Y aún más, este método serviría para buscar una mayor “calidad de la felicidad” (y no sólo una calidad de vida, que a fin de cuentas, es un estado no argumental).

¿En qué consiste este método felicitarario? Primariamente, en lo que hace ver la ilusión: no tiene que ver con la acumulación de bienes o con el cambio radical de las condiciones socioeconómicas, sino con *la modificación del mapa antropológico*, con saber cómo es la persona y cómo se puede intensificar su realidad.

En realidad, las condiciones de la felicidad están ya dadas, pero se las puede oscurecer u ocultar totalmente. Un verdadero método para fomentarla tendría que iluminar en qué consiste esa vocación humana a la felicidad. En este sentido, Marías señala:

•Es un “imposible necesario”: una realidad a la que ninguna vida humana puede renunciar, pero a la vez, una realidad que se sabe inalcanzable, por la limitación de la vida. Un estado inestable, semejante a la ilusión.

•Es, en todo caso, una empresa humana, que se corresponde con la *criatura utópica* que resulta ser la persona. Marías llega a decir literalmente, en la conferencia citada sobre la felicidad, que “somos y no somos, somos lo que no somos”. Con lo cual, la mayor calidad felicitaría tendría que huir de todo presentismo y resaltar más bien la proyección de la persona hacia el futuro.

La felicidad es vista, de este modo, como una parcela de la felicidad futura, una anticipación de la felicidad plena, a la que se aspira por la ilusión. Y esto, a su vez, modifica el modo posible de considerar otras realidades humanas, en relación con la felicidad, entre ellas, el modo filosófico de pensar la amistad e incluso la idea misma de la filosofía.

El tema de la amistad es un asunto al que dedica Aristóteles (siglo IV a. C.), páginas espléndidas en la *Ética a Nicómaco*, y precisamente como uno de los ingredientes de la vida feliz. Marías piensa que, efectivamente, uno de los componentes de esa felicidad es la ilusión que despierta en nosotros el amigo, que es siempre “alguien”: es la *trayectoria vital* del otro la que es vivida con ilusión.

Pero la ilusión por excelencia -y ello también está en relación con esa modificación de mapa antropológico, que crea las condiciones para la felicidad-, es la que se da entre el hombre y la mujer como tales. Ciertamente Aristóteles escribió unas páginas históricas sobre la amistad, pero él estaba pensando en todo caso en la amistad entre varones.

Ha sido un mérito de Marías el mostrar el valor antropológico que tiene la amistad entre el hombre y la mujer, y cómo contribuye al perfeccionamiento de esas dos instalaciones sexuales. Marías ha escrito mucho y de enorme calidad sobre esta cuestión; algunos de los pasajes más logrados en este sentido están en *La mujer en el siglo XX* y en *La educación sentimental*.

También tiene un artículo titulado “Una amistad delicadamente cincelada”, según una expresión de su maestro Ortega y Gasset (Marías, J, “Una amistad delicadamente cincelada”, en: *Ensayos de convivencia*, en: *Obras III*).

Pero en relación con el tema de la felicidad, ha llegado a escribir que el ejemplo máximo de ilusión es el que existe entre hombre y mujer y esto se escenifica en la contemplación de la belleza que se expresa en el rostro femenino, que es, en todo caso, una contemplación ilusionada: “A esa belleza de carácter biográfico, programático, se puede *asistir*; no es meramente contemplada. La visión es el punto de partida hacia dentro, que permite entrever, tal vez descifrar o hacer transparente la intimidad de la mujer contemplada; y al mismo tiempo, por ese carácter argumental, esa belleza se despliega en una trayectoria a la cual se asocia -virtual o realmente- el que la mira.

Por eso me parece el modelo más claro y evidente de lo que es la ilusión. Más que el atractivo sexual, dominado por la experiencia y el presente, esta belleza despierta la expectativa, la anticipación, el sentido de la empresa. Se presenta como algo que hay que ‘seguir’, explorar, articular con las múltiples dimensiones de una vida concreta. No tiene término, se extiende ante el contemplador como un camino abierto, que llama, que encierra, en forma visual, un carácter de vocación. [...] En esa belleza, abierta e interminable, que nace de una intimidad accesible y secreta y se manifiesta en una corporeidad expresiva con la cual se puede *convivir*, se encuentra el ejemplo más claro y vivo de lo que llamamos ilusión” (Marías, 2001, p. 110).

En otros pasajes, afirma que, al mirar un objeto, un diamante o una foto, llega un momento en que ya hemos acabado de verlo, porque es una realidad dada. Sin embargo, con un rostro humano no sucede esto, pues no podemos darlo nunca por visto: es un *acontecimiento* que podemos

seguir descubriendo progresivamente. En su *Antropología metafísica*, Marías ha dedicado precisamente un capítulo al rostro humano, donde muestra una interpretación muy novedosa del habitual término ‘prósopon’, y relacionándola, más que con la máscara de la tragedia griega, con la “fachada” de la persona, con su frontalidad y en el fondo, futurición.

Es más, afirma que el motor primario de la ilusión del hombre por la mujer es la belleza, y en la medida en que en nuestras sociedades occidentales ha descendido el cultivo y la estimación por ésta, también se difumina la primera. Pero se trata ciertamente de un tipo de belleza personal, que revela la intimidad de la misma, a la que se accede por medio de una imaginación proyectiva y por medio de la palabra y la conversación. En suma, por la actitud vital que él ha denominado “lirismo”, caracterizada por la capacidad de imaginar a la mujer y de sentir entusiasmo por ella; actitud que se contrapone al “prosaísmo”, la que da por supuesta a la mujer y no es capaz de ver su condición personal. Sobre ello, se pueden escuchar las conferencias “Lirismo e ilusión” y “Descubrimiento de la mujer: ilusión y entusiasmo”.

El análisis de las ilusiones masculinas y femeninas le lleva a preguntarse si tiene, en general, más ilusiones el hombre que la mujer, pues se ha solido considerar que éste es más dinámico y, por tanto, tendría que proyectarse más. El pensador contesta agudamente a esta cuestión, cuando dice que no es cierto que la mujer sea pasiva (menos aún ahora con las variaciones profesionales y tecnológicas, con los cambios que ha introducido en la vida de la mujer la facilidad, por ejemplo, de viajar).

Pero además, hay que tener en cuenta que en la vida de la mujer tiene un factor muy importante la expectativa, el futuro concreto, a corto o largo plazo, y esto posibilita que su vida entera pueda transcurrir bajo el signo de la ilusión (incluso si se aplica a la gestación,

a los primeros años del hijo, a la educación y anticipación de la persona que será el hijo o la hija).

Sin embargo, sí reconoce el filósofo que en la relación ilusión- felicidad habría una posibilidad de mejora: una valoración extrema de la juventud ha causado que la mujer habitualmente no haya sentido demasiada ilusión por las edades venideras, y las vea llegar con cierto despego o desagrado, con lo cual se pierde su felicidad propia en ellas. Mientras que el hombre las vive como pasos en un proceso de llegar a una meta, y, por lo tanto, con valor en sí mismas.

La mujer, por tanto, podría elevar la calidad de su felicidad al fomentar la ilusión por todas y cada una de sus edades. Y en esto, las variaciones sociales y laborales de los siglos XX y XXI pueden ayudar mucho.

Y, si la vivencia de la ilusión tuviera una dimensión social, influiría sin duda en la convivencia humana: “Si todo esto se tuviera presente, si se viera que, más allá del cariño, el apego, la protección, el cuidado, la ternura, hay una posibilidad humana llamada *ilusión*, es posible que se planteara de una manera más rica e inteligente la convivencia inicial de los humanos” (Marías, 2001, p. 87).

Es por todo esto, por lo que el filósofo afirma que se debe buscar en la ilusión o en la falta de ella las enormes diferencias en los niveles de felicidad de cada pueblo y época. Porque la ilusión es incluso un método de comprensión colectiva: en el caso de España, no se podrían entender los dos últimos siglos de su historia si no se ve desde el binomio ilusión/ desilusión. De hecho, el filósofo español ha realizado un intento de clarificación histórica en este sentido en su obra *España inteligible*. También, en parte, aunque en inglés no existe el término, se refiere a la que siente el norteamericano por su país y su historia. En su espléndida conferencia “Las dos Américas: América del Norte y América del Sur”, impartida en la Universidad Nacional La Plata, de

Buenos Aires, en 1962, -pero sólo publicada en internet en forma de audio en 2013- llega a decir que EEUU nunca podrá ser imperialista, porque tan pronto como los norteamericanos están fuera de sus fronteras, sienten una enorme “homesickness”, sobre todo porque a pesar de su enorme variedad, comprenden su país como “una gran casa”, gracias al protagonismo y la acción de la mujer americana en muchos de los campos de la vida social.

Además del tema de la amistad, Aristóteles en su *Ética* señala que la felicidad más auténtica está ligada al cultivo de la filosofía. En este caso, Marías hace una aportación de enorme interés: esa obra de Aristóteles comienza diciendo que todos los hombres tienden por naturaleza a saber, y que el hombre experimenta un gran “gusto” por las nuevas sensaciones, especialmente las visuales, pues la vista es uno de los sentidos fundamentales del hombre. Ahora bien, el término en griego para denominar ese deseo es ‘órexis’ (ὄρεξις); Marías propone que se use el término ilusión en este ámbito, pues así se expresaría mejor que todo conocimiento parte del hecho de que la persona se moviliza internamente ante lo que está latente y puede ser descubierto: “la palabra que usa Aristóteles es órexis, que suele traducirse por deseo, apetito o tendencia. ¿No sería adecuado traducirla, ya que se puede en español, por ilusión?” (Marías, 2001, p. 121). Pues desde su punto de vista, la ilusión está en relación con la alétheia, con el desvelamiento de la verdad oculta pero latente.

Y aún más, desde este punto de vista, ese “amor por la sabiduría” es efectivamente lo que mueve toda filosofía; sin embargo, en español se puede ensayar una comprensión de ese término como “ilusión por saber”, pues de este modo incluye la complacencia en la realidad que no está supuesta en la otra traducción, y le añade otra ventaja: la implicación del factor personal en el propio quehacer filosófico, el hecho de que no se

trata de llegar a un resultado final, sino sobre todo, de una tarea personal.

Es precisamente esta ilusión por saber lo que podría vitalizar actualmente el trabajo intelectual y la educación, que tienen mayores facilidades hoy día que en otras épocas, pero la gran desventaja de que pueden estar totalmente desvinculadas de la auténtica vocación personal: “Cuando el trabajo es demasiado impersonal, cuando se realiza por acumulación de materiales o informaciones, cuando importa más el resultado y el éxito que la realización misma, la ilusión se desvanece” (Marías, 2001, p. 75). Más adelante señala: “Y ésta es una de las razones, quizá la más fuerte, de la crisis de la docencia en nuestro tiempo. La masificación, la politización -que lleva a la utilización o politización-; el hecho de que la docencia se haya convertido en una ‘profesión’ no desdeñable, no demasiado mal retribuida, abrazada por muchos que la ejercen como otra cualquiera, sin particular vocación; la falta de estimación o admiración de los estudiantes por los maestros, su desconfianza inicial, todo eso hace que en muchos casos las funciones docentes, y en particular las universitarias, se realicen sin ese elemento de ilusión, que en Platón era interpretado como un ingrediente erótico -pero la voz griega *éros* es extraordinariamente ambigua e induce a confundir cosas muy diversas-.

Es posible que si en las lenguas en que se ha pensado -en español hasta ahora no demasiado- hubiera existido la palabra ilusión en su sentido positivo, en el que aquí nos ocupa, muchas cosas que parecen oscuras e inquietantes resultasen más claras” (Marías, 2001, 100- 101). En este sentido, se puede leer el capítulo “Maestros y discípulos” (Marías, 2001, pp. 98-101), donde el filósofo afirma que toda transmisión de cultura tiene que tener este componente de ilusión. Una ilusión que es triple: del maestro hacia los discípulos, de los discípulos hacia el maestro y de éstos entre sí. Cuando este factor no existe, se produce la crisis de la

enseñanza. Pero si rebrota o se intensifica, conecta asimismo con esa ilusión por saber que es la clave de toda educación.

Hay un último aspecto en relación con la calidad de la felicidad, que Marías señala, que tendría interesantes consecuencias si se le aplicase el concepto de ilusión. Sería el de la comprensión de la vida eterna y la proyección futuriza de la persona a largo plazo.

En primer lugar, Marías señala repetidamente la ilusión por Dios que marca toda actitud religiosa auténtica. Pero además, señala que se ha solido pensar de manera abstracta en la posible vida tras la muerte, con lo cual la imagen que se tiene de ella es demasiado impersonal e incluso puede suscitar aburrimiento y estatismo. Una imagen de la vida perdurable como una continuación o consecución de nuestras ilusiones y trayectorias más auténticas lograría dinamizar esta proyección a una existencia futura: “Para sentir *ilusión* por la otra vida es menester entenderla dándole el significado que para nosotros tiene, sumando y restando lo que sea, subrayando cuanto sea menester que se trata de *otra*, pero de manera que nos siga pareciendo *vida*” (Marías, 2001, p. 137).

Una última cuestión, de gran interés, sería si este descubrimiento antropológico que resulta ser la ilusión, y que muestra tener profundas consecuencias en tantos ámbitos, ha de ser sólo patrimonio de los hispanohablantes (o, como se señalaba, también de los lusohablantes), es decir, si su destino es quedar como un secreto de la lengua española. La opinión de Marías es que no, la variación que experimentó ese término en la España del Romanticismo podría suceder en otras lenguas y convertirse igualmente en una clave de comprensión de la persona. Sobre todo las lenguas que tienen raíces latinas y ya disponen del término negativo.

¿Qué tendría, pues, que suceder, para que se diera esa variación? El mismo proceso que se dio en el caso español: que comenzase siendo una variación literaria y con sentido lírico y que esos textos, como los de Zorrilla y Esproceda, estuvieran referidos a la mujer. Se abriría entonces un periodo mucho más interesante para las relaciones humanas, porque se haría patente que existe una instalación vital en la ilusión y, sobre todo, una posibilidad de mejora en la calidad de la felicidad.

Conclusiones

A lo largo del escrito, se ha podido constatar que el cambio de etimología en el término ‘ilusión’ revela asimismo un cambio de visión de la realidad, sobre todo de la personal. Así pues, podemos enunciar las siguientes conclusiones:

- Con la ilusión, no se trata sin más de un fenómeno psíquico, sino de un acontecimiento dramático, relacionado más bien con la vida biográfica, que no se puede poseer de una vez por todas, sino que es un “estado inestable”.

- El concepto positivo de ilusión nos descubre que la vida humana depende de la irrealidad y que ha sucedido un enriquecimiento de la lengua: es posible vivir una emoción que antes no tenía palabra. Una emoción que se mueve en el ámbito del deseo y dinamiza el centro más íntimo de la persona.

- Se trata de un verdadero e inexplorado método de conocimiento de la persona porque muestra algunos de sus rasgos más relevantes: consiste en anticipación, pero es también continuidad, porque no acaba cuando se logra y se cuenta con su reiteración; finalmente, está referida a personas o realidades personales y se mueve en el horizonte de la mortalidad. Sin ella, incluso a nivel cotidiano, se podría decir que la vida se convierte en rutina amenazada por el aburrimiento y que cuando no se cuenta con el concepto, la vida es quizá deficiente.

•Pero cuando la persona vive desde ella, se puede transformar definitivamente en un temple, en una forma de instalación, y esto abre el camino para comprender en qué consiste ser feliz y cómo se puede cultivar la felicidad, en sentido individual y colectivo. Tiene incluso implicaciones en la comprensión de la vocación intelectual, del concepto de filosofía y de la auténtica educación.

•Además, la aparición y extensión de la palabra ilusión significa que se ha elevado la pretensión de la felicidad, y que ésta es más compleja que el mero bienestar, porque ha de estar en relación con la existencia futuriza y argumental de la persona.

•Finalmente, el concepto de ilusión tiene también una aplicación colectiva, tanto en la convivencia humana como en la interpretación de los países y su historia y aún la tendría más si la experiencia radical que ha sucedido en el español sucediese en otras lenguas.

Referencias Bibliográficas

- Aristóteles. Ética a Nicómaco. Novena Edición. Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales. 2009. Traducción de Julián Marías y María Araujo, 174 p.
- Marías J. El amor como ilusión: Valera, conferencia del curso: La novela como interpretación y expresión del amor. Madrid: Instituto de España. 1992. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=0LO5LQnynnM>
- Marías J. Antropología metafísica. En: Obras X. Tercera Edición. Madrid: Revista de Occidente. 1982, 467 p.
- Marías J. Breve tratado de la ilusión. Primera Edición en Área de conocimiento: Humanidades. Madrid: Alianza Editorial. 2001, 146 p. Disponible en: <http://www.conoze.com/doc.php?doc=5884>
- Marías J. Descubrimiento de la mujer: ilusión y entusiasmo, conferencia del curso: Lirismo y prosaísmo en la vida personal y en la historia. Madrid: Instituto de España. 1999-2000. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=Jo3LRDIR2PY>
- Marías J. España inteligible. Octava Edición. Madrid: Alianza Editorial. 2005, 421 p.
- Marías J. Ilusión y felicidad, conferencia del curso: La felicidad humana. Madrid: Instituto de España. 1986-1987. Disponible en: https://www.youtube.com/watch?v=j_RYcx7r_Tg
- Marías J. La educación sentimental. Madrid: Alianza Editorial. 1992, 283 p.
- Marías J. La mujer en el s. XX. Sexta reimpression en El libro de Bolsillo. Madrid: Alianza Editorial. 1995, 236 p.
- Marías J. Las dos Américas: América del Norte y América del Sur, conferencia impartida en la Universidad Nacional La Plata. Buenos Aires. 1962. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=M0Vhe0SZwUo>
- Marías J. Lirismo e ilusión, conferencia del curso: Lirismo y prosaísmo en la vida personal y en la historia. Madrid: Instituto de España. 1999-2000. Disponible en: <https://www.youtube.com/watch?v=eO8Esdjr4JI>
- Marías J. Mapa del mundo personal. Segunda reimpression. Madrid: Alianza Editorial. 1994, 206 p.
- Marías J. Persona. Madrid: Alianza Editorial. 1996, 177 p.
- Marías J. Una amistad delicadamente cincelada, en: Ensayos de convivencia, en: Obras III. Tercera Edición. Madrid: Revista de Occidente. 1964, 545 p.
- Moliner M. Diccionario de uso del español. Madrid: Gredos. 1966, 2 v.
- Pabón J.M. Diccionario manual Griego- Español. Madrid: Vox. 1968, 711 p.